

## EL DESEO DE LA MUJER

Celia Ruiz Jerezano

Para mi nieta Ariana

Una de las motivaciones más intensas que pulsiona hacia la vida y hacia los y las otras, se construye en las profundidades del ser, y se va entretejiendo con los significados de la cultura hasta hacerse consciente por medio de la articulación en el lenguaje. Este es el deseo. Se desarrollan estilos de comunicación y expresión del deseo para tratar de satisfacerlo, tanto en lo personal como en lo social. Desde Freud sabemos que somos seres sexuados deseantes.

Como nos construimos y nos desarrollamos dentro de un mundo de representaciones patriarcales, el deseo está influido por el orden simbólico patriarcal. Aquel que puede articular su deseo, expresarlo, manifestarlo y tratar de lograr su cumplimiento, nuestra sociedad, tiene estatuto de sujeto y puede construir una cultura que lo refleje y lo confirme.

La cultura es binaria, debido al lenguaje que escinde y hace un corte, y está dividida en opuestos: blanco-negro, naturaleza-cultura, hombre-mujer, femenino-masculino, sujeto-objeto, fálico-castrada, cuerpo-mente, deseo de unión-deseo de



separación, presencia-ausencia, sujeto-objeto, etc. En estas divisiones una parte de los opuestos es valorada y la otra devaluada. Lo que se atribuye a la mujer y a lo femenino, generalmente es devaluado. La sexualidad, una de las más profundas manifestaciones del deseo, está atravesado por esta bipolaridad que conlleva las categorías de género, en donde el deseo femenino queda sumergido a favor del masculino, independientemente de la biología y la anatomía, pero utilizando éstas como substrato y justificación ideológica.

## EL DISCURSO.

Cuando en la sociedad se habla de sexualidad, el discurso se refiere a la sexualidad masculina, representada simbólicamente por el falo, sostenido imaginariamente por el pene. El falo representa la potencia, el deseo. Significa la diferencia y, por lo tanto, la capacidad de separación de la madre, acceso al padre, dueño de la cultura, y posicionamiento de dominación sobre todos y todas aquellos y aquellas que no lo tienen, real o simbólicamente, que carecen de ello, que están en falta, que son fallidos. Por todo esto el falo también representa la plenitud y satisfacción en el campo del deseo, y del éxito en el campo de la realización y de la integración social.

Entonces, los hombres dominan el ámbito del discurso sobre la sexualidad humana. Cuando se habla de sexualidad femenina en la cultura, realmente se refiere a la que ellos han definido, ni siquiera como su opuesto, sino como su

complemento. Si se niegan los genitales femeninos al otorgarle solo valor y categoría discursiva al falo, no existe "*una sexualidad diferente*". La mujer es solo otra que complementa al hombre; es su sexo opuesto adecuado que lo completa y perfecciona. En lugar de una diferencia real, la mujer es un espejo. Es como si la sexualidad femenina fuera derivada y dependiente de la sexualidad masculina.

## EL GOCE.

Como la sexualidad masculina tiene existencia discursiva, está bien definida y focalizada. El hombre goza de un fragmento de su cuerpo. La mujer al responder a esta definición como complementariedad, también fragmenta su sexualidad, y dado las representaciones que la cultura construye de su feminidad, cree que su goce es solamente como el del hombre, o como respuesta a tal. Pero aunque la mujer goce así, su sexualidad va más allá de lo fragmentario. Su goce, además de orgásmico, también es fluído, avanza y retrocede, como las olas del mar, como el fluído vaginal, como el fluído de la menstruación, como el fluído de la leche, es un fluir de todo su cuerpo.

La mujer goza con todo su cuerpo de manera más integrada y menos fragmentada que el hombre. Y algo muy extraño para el hombre, ella goza del otro, otra real existente, en



virtud de su contacto real y de continuidad con el apego hacia su madre. En el desarrollo de su identidad y de su capacidad de vinculación no hay fracturas tempranas, no tiene que negar esa relación primaria ni su dependencia, solo tiene que diferenciarse de la madre sin matarla.

## LA IDENTIFICACION.

Todas somos de mujer nacidas y todos somos de mujer nacidos. Un solo cuerpo procrea dos sexos en su interior. También somos cuidados y cuidadas generalmente por este mismo sexo. La base de nuestro ser y nuestra psique es femenina. Es de unión, de empatía, de apego y vinculación, desde el cuerpo y sus sensaciones, hasta las fantasías, imaginaciones, emociones, sentimientos y pensamientos.

Cuando el lenguaje se hace explícito, alrededor de los tres años, lo que en Psicoanálisis se llama "El Edipo", el niño-hombre, al darse cuenta de que no es igual a la madre, tiene que dar un viraje para separarse de ella, lo cual logra ya sea: negándola, rechazándola, repudiándola, borrándola, para así acceder al padre personal y/o cultural. La puerta a este acceso es por medio del lenguaje, de lo que se puede representar, ya sea con palabras u otros símbolos.

A mí me gusta citar a Juan Rulfo, escritor mexicano, en el primer párrafo de su novela Pedro Páramo, dice:

*"Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera".*

La identificación del hombre con su padre entra por lo simbólico, como en este ejemplo, cuando la madre se lo dice al hijo, quien promete buscarlo cuando ella haya muerto. Metafóricamente, necesita que la madre se le muera adentro, es decir, que la identificación con ella se borre, se reprima, para romper con el origen y así tener acceso al padre que garantiza la diferencia de la madre. De ahí en adelante la cultura le reconfirmará su identidad y su identificación con el padre por los caminos de lo simbólico.

El niño vive esta experiencia psíquica dándole muerte a toda su primera historia con la madre. Toda su fuente nutricia queda fuera de él, la madre es otra, no tiene subjetividad, no tiene mundo interno personal, queda objetivada.

En cambio, la niña como es igual a la madre (del mismo sexo), no tiene que romper su identificación originaria. Esta identificación entre madre e hija es primordial y es transmitida directamente, sin mediación de estructuras simbólicas, sin necesidad de hablar o recurrir a símbolos, de crear un orden simbólico específico para su identidad. También las mujeres



nos diferenciamos de la madre como los hombres, somos iguales pero diferentes.

Como vemos, la historia psíquica de la niña es muy diferente a la del niño. Ella conserva una continuidad con una real, él una discontinuidad y se relaciona con un símbolo. Es muy importante tomar en cuenta estas identificaciones y desidentificaciones primarias con nuestros personajes originales, porque es a través de estas relaciones que se construye el deseo, el cual está sesgado por el género. Veamos: La mujer que conserva una continuidad con la madre siempre tratará de vincularse así, sin rupturas. El hombre que borra a la madre para separarse de ella, se vinculará con discontinuidades, deseando una autonomía, vivirse separado. Esta estructura de género hace un pasaje a la sexualidad.

La cultura valoriza la autonomía, la independencia, la individualidad, que están contenidos por la separación y el borramiento de la madre, y por lo tanto sus ideales masculinos. En cambio, los valores nutricios, de cuidado, de afectos generosos y de empatía generalmente quedan relegados a lo femenino y a lo privado.

## LA CONSTRUCCION.

La mujer va construyendo su deseo de acuerdo a la definición del deseo masculino, o sea el deseo de ella en el

deseo de los otros. Como madre no tiene deseos para sí, solo existe como función para que el otro, otra surjan, para que vivan física y psíquicamente. Como objeto sexual es la respuesta al complemento masculino. Todas estas definiciones de la feminidad y del deseo femenino están atravesadas por el cuerpo. La mujer es cuerpo para otros y sexo para otros. Sin deseos para sí, su deseo es entregarse, desaparecer en el otro en un afán de encontrarse ahí. Cuando este deseo es totalizador, absoluto, incondicional, generalmente termina en la locura o en la muerte. De ahí, la búsqueda exacerbada de las mujeres por encontrar objetos de amor que las confirmen y las deseen.

La fantasía de que somos una con el otro u otra lleva a un goce intenso, pero cuando se desea hacer realidad esta fantasía en el ámbito social, es lo que se conoce como abnegación: renuncia a los deseos e intereses propios. También hay que reconocer que el deseo de la madre hacia el padre y hacia el mundo rompe la fantasía de la incondicionalidad del amor materno.

En el misticismo, el goce máximo tiene estructura femenina, porque es la entrega total a la divinidad. Las prácticas esotéricas de los hombres para alcanzar este objetivo son muy rígidas en un intento de experimentar este goce porque no tienen vivencia de entrega, o si la tienen está borrada.

Afortunadamente, la mujer tiene otras posibilidades de gozar y disfrutar, pues en lo real existe no solo como madre u objeto sexual, sino también como persona. Jacques Lacan, un



prominente teórico del psicoanálisis francés, dice que la mujer tiene un plus de goce. Yo creo que se refiere al hecho de que ella puede gozar de otro real y de que tiene capacidad de entrega. De ahí la pasión de la mujer que logra tocar las fibras más profundas de los otros y otras.

## UN NUEVO CUERPO.

En la actualidad con su inserción en la esfera pública y con toda la información a su alcance, la mujer puede experimentarse en otras áreas muy diferentes a la definición de su identidad en la cultura. Al vivirse también en el trabajo público, esta experiencia de discontinuidad con su ser para otros impactará e irá modificando su deseo de entrega y desaparición en el otro. Podrá gozar de una unión sin desestructurarse, y a la vez dimensionarse como persona. En otras palabras: no ser dominada, ser sujeto, pues esta es la única forma en que puede reconocer al otro y, entonces, el otro, como persona, podrá reconocerla. El amor, el erotismo y la sexualidad entre dos sujetos, y no entre un sujeto y un objeto, es la máxima expresión de la humanidad, o sea el reconocimiento de nuestra subjetividad.

El uso de los anticonceptivos ayuda a la integración de su sexualidad, pues la mujer puede separar su goce sexual de la

función reproductiva, y de esta manera apropiarse de su cuerpo y por lo tanto de su deseo. Ya no necesariamente vive su cuerpo como un cuerpo social, un cuerpo para otros. Puede gozar sin las culpas ancestrales. Si su cuerpo es de ella, también lo es su deseo. Cuando el cuerpo es social, es un cuerpo para otros, tal como demanda la sociedad. Esta es la condición del objeto, de la cosa, de la que no tiene subjetividad.

El deseo de regresar al estado primordial de plenitud, es la búsqueda que nos impulsa hacia el mundo en un afán de encontrar lo perdido. Este deseo es un ideal del yo. Pero también puede darse de manera patológica y entonces, es un deseo de regreso al útero de la madre que en Psicoanálisis se llama incesto.

Como ven, estas teorizaciones están cargadas de género. El primer deseo se refiere al padre e imaginariza la luz; el segundo se refiere a la madre e imaginariza la obscuridad, que en el inconsciente se construye como vida y muerte. En esta teorización los valores espirituales son ideales del yo, ámbito donde se encuentra el padre, pues por su distancia y separación se simboliza como el idealizado.

Nunca se habla del padre primitivo, el dominador, el autoritario, el que se cree la ley misma. El que quiere dar muerte a los hijos hombres y someter a las hijas mujeres. Se habla del cuerpo de la madre refiriéndose a lo mortífero, al regreso al útero, y nunca se habla de la madre que también funciona en el orden simbólico, la que guía, la que cuida, la que



ayuda y acompaña en la maduración y el crecimiento. Ni tampoco se habla de la mujer que goza con los otros y otras, y de los otros y otras que permite que gocen de ella, siendo así el vínculo del erotismo y por lo tanto de la continuidad de la vida.

Deseo hacer hincapié en que todo el erotismo y la sexualidad están cargados de género, y por eso las invitamos a que cuestionen y deconstruyan su deseo y su goce, porque al final de cuentas, la maternidad y el cuerpo de la mujer es el sitio de la contienda donde se juega la dominación y su discurso político.

Dada la posición en que poco a poco va encontrándose la mujer en estos tiempos, puede ubicarse más fácilmente como sujeto de su sexualidad y vivir la experiencia de un goce no fragmentado. Al atravesar estas nuevas experiencias encontrará a la mujer en el cuerpo.

Mi experiencia terapéutica con mujeres tiende a indicar que un nuevo cuerpo de mujer habita la tierra.

## LAS MUJERES Y SUS CALIDADES. UNA ÉTICA SEXUAL FEMINISTA PARA LA MADUREZ

### BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Jessica (1988) "The Bonds of Love" New York, Pantheon. U.S.A.

Chodorow, Nancy (1978) "The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender" Berkely, University of California Press. U.S.A.

Freud, Sigmund (1905) "Three Essays on the Theory of Sexuality" The Standard Edition of the Complete Psychological Works, volume 7. Hogarth Press. 1953, London.

Lacan, Jacques (1949) "Ecrits, a Selection" New York, Norton. 1977. U.S.A.

Laplanche, J. (1976) "Life and Death in Psychoanalysis". Baltimore, John Hopkins University Press. U. S. A.

Layton, Lynne (1998) "¿Who's that girl? ¿Who's that boy? Clinical Practice Meets Postmodern Gender Theory". Northvale, N.J., Jason Aronson, London.